

LUNA  
DE  
HIELO

SANTI  
BARÓ



Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Paloma Muiña  
Coordinación gráfica: Lara Peces  
Cubierta: Marta Mesa

© Santi Baró, 2015  
© Ediciones SM, 2015  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# 1

Me llamo Illeana Ionescu y nací hace veinte años en Grivita, un pequeño pueblo de Moldavia al noroeste de Rumanía, la región más pobre del país y, quizá, de toda Europa. Una tierra inhóspita y salvaje habitada por osos y lobos. Tan inhóspita y tan salvaje que, cuando llega el invierno, algunos pueblos quedan incomunicados entre sí, ya que los caminos que los unen se convierten en ríos de barro, y entonces solo se puede acceder a ellos con un caballo o un carro. Mi tierra es más que bella, es preciosa, aunque solo la retengo desde la lejana mirada de esa niña que allí fui. Mi tierra, además de preciosa, es pobre, la que más, y por eso me vi obligada a seguir el camino de mi hermano Georges e irme con él a Bucarest cuando aún tenía catorce años. Desde entonces no he vuelto a pisar Grivita ni a ver a los míos. Se podría decir que la familia al completo solo convivimos el primer año de vida del peque de la casa, Traian. Tengo, además de Georges y de Traian, dos hermanos más: Burcea y Lavinia.

Lavinia es algo más que mi hermana, ella es mi mejor amiga. Cuando me fui de Grivita, Georges tenía veinte años; Burcea, dieciséis; Lavinia, quince; Traian, seis, y yo, como ya he dicho antes, catorce. Mis padres se dedicaban a la agricultura, pero también tenían un pequeño rebaño de ovejas que siempre nos tocaba ordeñar a Lavinia y a mí. Era algo divertido. A menudo nos íbamos a Galati, que era

la ciudad más importante del lugar, a vender los quesos que fabricábamos en casa y, de vez en cuando, a llevar algún lechal al carnicero. Cuando esto ocurría, mi padre se alegraba mucho. Vender un lechal significaba que entraba un buen fajo de billetes en casa. Un día me atreví a preguntar por qué no criábamos más, es decir, por qué no comprábamos un rebaño mayor. Mi padre me contestó que cómo pensaba mantenerlo hasta que las ovejas dieran fruto. Y me lo dijo enfadado, como si ese rebaño grande ya existiera y estuviese bajo mi responsabilidad. Me lo llegó a repetir tres veces, y yo estuve a punto de echarme a llorar. Cuando mi padre se enfadaba, nos pegaba.

Sí, éramos pobres. No teníamos un rebaño grande porque para alimentar a las ovejas hacía falta un dinero que no teníamos. Por eso se marchó mi hermano Georges a Bucarest cuando solo tenía quince años, por dinero. Y si nunca llegamos a pasar hambre, fue gracias a la carne que traían cuando salían de caza: conejos, liebres, perdices, becadas y algún jabalí. Mis padres me explicaban que, en tiempos de Ceaucescu, el dictador, la gente de los pueblos tenía prohibido cazar; solo poseían ese derecho los altos mandatarios del partido comunista, políticos, amigos y él mismo. Rumanía era un gran coto privado de caza en manos de los más poderosos, y a los que necesitaban de la carne para comer se los castigaba con penas de prisión si osaban pegar un tiro. Pese a todo, mi padre y mi abuelo no dejaron de cazar ni uno solo de los días en los que Ceaucescu gobernó. Recuerdo el brillo en los ojos del abuelo Nicolai cuando nos narraba esas anécdotas de cuando casi los pillaban por el monte y cómo se escapaban de los guardas... Creo sinceramente que, para ellos, hacerlo de manera furtiva era precisamente la parte divertida. De hecho, un día que estábamos todos a la mesa, mi abuelo nos dijo que, aunque no hubiera necesitado la carne de caza para saciar el hambre, él habría

ido a las montañas de todas formas, porque cada vez que le arrebatava una presa al dictador se sentía «magnificado». Esa era la manera de recuperar todo lo que nos había quitado. A mí me hizo gracia esa palabra y el tono en el que la pronunció: mag-ni-fi-ca-do. Yo no sabía que Ceaucescu nos hubiera quitado nada. Era pequeña y no entendía de política, por eso pregunté qué nos había robado. Entonces mi hermano Georges pegó un puñetazo en la mesa y gritó que lo que nos había robado era «la dignidad». Aún lo entendí menos.

En casa nunca llegamos a pasar hambre, pero el dinero no alcanzaba para nada. Cuando mi madre iba de compras, siempre volvía quejándose de eso, de que el dinero no le alcanzaba, de que no le daba de sí. Yo no entendía muy bien eso de que el dinero diera o no de sí, y por culpa de mi dilema me gané una buena tunda el día que rompí un billete de un *leu* intentando hacerlo más grande. Mi madre no había podido comprarme los lápices de colores que necesitaba para unos deberes de la escuela y, como yo sabía dónde guardaban el dinero, intenté alargar el billete para ver si de esa manera le alcanzaba. Cuando esto ocurrió, yo no tenía ni diez años y Traian aún no existía. Lo recuerdo perfectamente porque mi padre me colocó sobre sus piernas y me dio con la correa. Me harté a llorar, lloré tanto que me hice pis encima. Ese día le cogí miedo, aunque nunca más me volvió a pegar. Puse todo mi empeño en no enfiarlo de nuevo. Desde ese día, solo recibí alguna que otra bofetada. De mi madre también. Ella también sabía dar.

Mi madre vivía en estado de amargura las veinticuatro horas del día, con el pelo recogido siempre por el mismo pañuelo y vestida siempre con la misma bata, los ojos hundidos y la piel de las mejillas y de debajo de la barbilla agrietada como si tuviera mil años. Mi madre era joven, pero no lo parecía. Difícilmente puedo recordar una son-

risa suya, una sonrisa de verdad. No, no puedo. Se llamaba María, como la Virgen. En casa éramos muy de ir a misa, pero yo ya hace mucho que dejé de rezar. Nosotros somos cristianos ortodoxos, que es la religión mayoritaria en mi país. Recuerdo especialmente el día en que me quedé mirándole la barriga. Ella me devolvió la mirada y, en medio de lo más parecido a una sonrisa que jamás le haya visto, una especie de mueca, me confesó que pronto tendría un hermanito. Yo era muy pequeña cuando ocurrió, pero me acuerdo perfectamente. Era la mejor noticia del mundo y la prueba de que Dios escuchaba mis plegarias: por fin iba a dejar de ser la pequeña de la casa y pasaría a la categoría de hermana mayor de alguien. Estaba muy contenta, pero no me atreví a expresarlo. En casa, desde hacía un tiempo, se ponían peores caras que de costumbre, aún peores que las que la pobreza nos provocaba de forma habitual. No tardé en comprenderlo y asociarlo al embarazo de mi madre; empecé a entender conversaciones que hacía tiempo que había escuchado, frases del tipo «y ahora cómo nos las vamos a apañar», «otra boca más que alimentar», «no lo vamos a poder mantener», y cosas por el estilo. También comprendí de golpe esos misteriosos viajes a Galati y a los pueblos vecinos, esa manía que les había entrado de que Georges dejara la escuela y buscara un trabajo. No, no felicité a mi madre cuando descubrí que llevaba un niño dentro, y hasta yo misma acabé siendo cómplice de sus preocupaciones.

¿Cómo nos las apañaríamos con uno más en casa si el dinero no daba de sí?

## 2

En mi país es obligatorio ir a la escuela hasta los diecisiete años, aunque no hacerlo es la norma. Las prioridades del país y de las familias son otras. La escuela es gratis hasta los catorce e, imagino, esa debe de ser la frontera que marca el límite de la tolerancia de la ley. En casa, que yo sepa, nadie ha pasado de dicho corte.

Georges fue el primero al que sacaron. A Georges no le gustaba ir a la escuela; además, él era un revolucionario. Siempre andaba quejándose de que trabajábamos demasiado, ya que ir a la escuela no nos eximía de realizar nuestras tareas en casa o en los campos. Se peleaba a menudo con nuestros padres por este motivo y nos buscaba como aliados: «Juntos haremos valer nuestros derechos», nos decía. Yo casi no sabía qué era un derecho y, encima, mi padre me daba miedo. A todos nos lo daba, a todos menos a Georges.

Por eso, cuando lo pusieron a trabajar en esa granja de cerdos en Tecuci, la relación entre padre e hijo entró en una espiral que ya se veía que no iba a acabar bien. De ninguna manera. Georges madrugaba más que el sol. Un vecino que trabajaba en Ivesti lo llevaba cada mañana en carro hasta la estación más cercana, que estaba allí, en Ivesti, para coger el tren a Tecuci. Y a la vuelta, igual. Día tras día. Georges llegaba cansado, sucio y apestando a cerdo, un hedor

que lo impregnaba todo, a cambio de poco más de doscientos *rons*\* mensuales que, encima, le obligaban a dejar en casa. Un revolucionario como él no podía permitir que esa situación se alargara más de lo debido, y así pasó. Un día, cuando Traian tenía poco más de un año, el abuelo Nicolai nos dijo que Georges se había marchado de casa para hacer fortuna en la ciudad. Se había despedido de todos nosotros a través de una nota en la que aseguraba que no se olvidaría de la familia y nos enviaría dinero. Mi madre se hartó a llorar, pero mi padre y mi abuelo aplaudieron la decisión. Llegaron a decir que Georges era un hombre fuerte y con temperamento. Un héroe. Georges cumplió su palabra y no tardó en mandarnos dinero. Cuando sucedió esto que ahora cuento, Georges tenía quince años y yo nueve, y para mí él era algo más que mi hermano mayor: era mi aliado; mío y de Lavinia. Siempre nos defendía del imbécil de Burcea poniendo orden e impartiendo justicia entre nosotros. A veces, simplemente amenazándolo con que íbamos a contárselo a Georges, ya era suficiente para que nos dejara en paz. Él era nuestro guardaespaldas, pero si nuestro guardaespaldas desaparecía, ¿qué iba a ser de nosotras? Burcea era un gamberro de la cabeza a los pies; mucho más que eso: era mala persona, y si nadie lo ataba en corto, nuestra vida podía convertirse en un infierno.

Mientras estábamos todos allí, en la cocina, escuchando al abuelo Nicolai contar que Georges se había marchado de casa, recuerdo que Burcea me miró como si me hubiera leído el pensamiento y me dedicó una diabólica sonrisa. «Preparaos», parecía decir. Burcea nos obligaba a hacer sus tareas, y si no, nos pegaba; nos fastidiaba tanto como podía:

---

\* El *ron* (*romanian new leu*) es como se conoce coloquialmente al *leu*, moneda oficial rumana. 100 *rons* equivalen a unos 23 euros (referencia 2015).